

José Napoleón Oropeza

Cuentista

Armando Narain

El narrador

Al iniciarse la década de los setenta, la editorial Monte Ávila, pionera en el estímulo a los nuevos narradores, publica un libro de relatos, conciso, pero de mucha importancia. El texto *Imágenes y conductos*; el autor, Humberto Mata. Ese conjunto de relatos breves, con visos de Julio Garmendia y Borges, en realidad evidenciaba un proyecto muy personal de la totalidad de nuestra cuentística. Después, en 1971, el Concurso de Cuentos del diario El Nacional, premia al cuento *La muerte se mueve con la tierra encima*, con autoría correspondiente a José Napoleón Oropeza. Confesamos que en un primer contacto intelectual, la lectura del cuento de Oropeza nos ocasionó una sensación de ambigüedad: esa incertidumbre que parte del hecho de sentirse ante algo que sugiere una propuesta novedosa, pero que al mismo tiempo es difícil de aprehender. Sin lugar a dudas, la esencia de la duda subsistía en ese apego a los patrones habituales de lectura, a una especie de fijez ante cierta clase de estructuras textuales.

Pero todavía no queremos recorrer los textos. La finalidad de este apartado consiste sólo en presentar al escritor. José Napoleón Oropeza nace en Puerto Nutrias, estado Barinas, en 1950. Escritor polifacético, ha incursionado en la poesía y el ensayo, pero desde nuestra perspectiva, su mayor relevancia la adquiere como narrador. Novelista y cuentista, en este último género ha publicado *La muerte se mueve con la tierra encima* (1971) *Ningún espacio para*

muerte próxima (1978) y *La guerra de los caracoles* (1991), todos incluidos en el catálogo de Monte Ávila Editores. Además, Oropeza ha combinado su oficio de escritor con una brillante carrera docente en la Universidad de Carabobo, complementado con una activa participación en el terreno de la promoción cultural.

Ubicándonos en el narrador no está demás recordar algunas características que se reflejan en la historia de la narrativa venezolana, o mejor dicho de quienes se aventuran hacia el oficio de escritor. Un factor prototípico es la discontinuidad, cuestión que se revela desde dos aristas diferentes pero complementarias. Una de ellas es el abandono: no son raros los escritores que detienen el oficio en una producción muy escueta. Desde esta perspectiva, José Napoleón Oropeza al asumir el trabajo de escritor lo ha hecho con una constancia sorprendente, rasgo que lo mantiene siempre en vigencia y que testimonia su productividad abundante.

El otro aspecto que destaca reside en la disposición para cerrar un proyecto narrativo, tarea que únicamente es factible cuando la escritura no responde a una pose del escritor; ella más bien se construye en una manera de estar en el mundo, en una forma de existencia vital. En ese caso la vida del hombre y la del escritor se conjuntan hasta el punto de que ninguna de ellas puede desprenderse de la otra. Para José Napoleón Oropeza, crear textos es vivir o, tal vez, revivir o buscar esa modalidad de vida perpetua que transmuta en trascendencia.

El proyecto narrativo

Quizá el enunciado "cerrar un proyecto narrativo", presentado en el párrafo anterior, sugiera en el lector de este texto la idea de una escritura unidireccional sustentada a lo largo de una producción repetitiva. Hay algo de certeza en lo dicho. Sin embargo, es necesario una aclaratoria. Es posible que de los narradores venezolanos de las últimas tres décadas, sólo dos de ellos se caractericen por ser siempre el mismo y, a la vez, ser diferentes en cada ocasión. La referencia atañe específicamente a José Balza y a José Napoleón Oropeza.

Si bien es cierto que cada libro de estos escritores los tipifica, precisamente porque la conciencia de la escritura los conduce hacia el logro de un proyecto definido, también lo es el hecho de que en cada uno de esos libros el lector afronta algo distintivo que puede manifestarse en la temática, la estructura o el lenguaje. Cuando abordamos la cuentística de José Napoleón Oropeza percibimos esa dualidad: aquella que tipifica al escritor, que lleva a identificarlo de la misma manera que la familiaridad con una sinfonía de Mozart o de Beethoven nos revela al autor

aunque la pieza nos sea desconocida, pero al mismo tiempo lo diferencia de otras composiciones alejadas o próximas.

Desde esa perspectiva cada uno de los libros de cuentos de José Napoleón Oropeza se identifica por un ritmo en el estilo que propicia la aprehensión de continuidad, que se extiende desde *La muerte se mueve con la tierra encima* hasta *La guerra de los caracoles*. A este ritmo estilístico se agregan otras constantes que se abordarán más adelante. Al mismo tiempo, estos cuerpos textuales difieren en cuanto a la temática que abordan en el nivel de lo específico, porque en el plano de lo general las historias se organizan alrededor de los grandes núcleos universales que han dado significatividad a la literatura. Así las situaciones límite que vivencian los personajes de *La muerte se mueve con la tierra encima*, son espitas que trasladan a los protagonistas asediados por la violencia política, por las consecuencias del fracaso como actores durante la guerra fallida. En *Ningún espacio para muerte próxima*, encontramos en la mayoría de los relatos al hombre enfrentado a la inevitabilidad de la muerte y del tiempo. Así en el texto *Descenso desde el cielo más alto*, se lee:

¿Cómo escribir luego sobre la eternidad que intuyes descubrir cuando descienes del taxi y te sitúas bajo el alero, aguardando a que escampe temprano? (...). No he hecho nada para vencer la muerte: ¿qué importa que ruegue al cielo no hacer lluvia? (p.15)

Y en *Ningún hay espacio para muerte próxima*, la voz del narrador anuncia:

El viejo contempla el lago inmóvil y sonrío. En la sonrisa del hombre había algo consumado, algo como la indiferencia que sigue a la desgracia. (p.83).

La guerra de los caracoles es una manera distinta de testimoniar. En este caso, conscientemente, Oropeza cuenta muchas veces para rescatar mitos o personajes incrustados en una geografía específica: Yaracuy. Como referencia directa está *El hilo llevaba hacia otra noche*, cuento que inicia el libro. En este caso se rescata un personaje, Agapo Alcina, y una tradición: el ritual de La Candelaria. El testimonio corresponde a Adelaida, una periodista a quien se le asigna la misión de testificar el hecho:

Cuando se disponía a salir al cine, la había llamado el jefe de redacción. Le había pedido, por favor, viajar a San Felipe. Había muerto Agapo Alcina, el capitán, el último vasallo de La Candelaria y urgía un reportaje sobre esa tradición. (p.12).

Tras estas temáticas subsisten dos aspectos esenciales del proyecto narrativo de José Napoleón Oropeza: sustentar los relatos en una búsqueda

perpetua a través del lenguaje, de la palabra cargada de tonalidades líricas que crean una evidente atmósfera poética. Poesía y verbo unidos para superar las superficies y situarse en la esencia de la problemática humana.

Las constantes

Borges expresó alguna vez que todos sus relatos podían ser uno mismo o reducirse a dos. Balza también ha dicho algo parecido, enfatizando que lo esencial en el escritor reside en la manera como estructura el texto y no en la anécdota o la temática. Las dos afirmaciones son consistentes, porque en líneas generales, asimilando parte del pensamiento de M. Eliade, a pesar de los ruidosos avances de la ciencia y la tecnología, la vida humana pareciera transcurrir en un *eterno retorno*. También la afirmación es válida porque los tópicos abordados por la literatura son reflexivos. Puede cambiar el maquillaje de la historia narrada, pero los núcleos organizadores que unifican los sucesos pertenecen como han sustentado Brioschi y Girolamo, a la problemática confrontada por el hombre desde que adquirió esa maravillosa capacidad de pensar.

Trasladándose a la cuentística de José Napoleón Oropeza, las constantes también residen en problemas universales. Una de ellas es la conciencia de la muerte o la vivencia psicológica de estar en el umbral de la misma. Desde esta perspectiva los títulos de sus dos primeros libros de cuentos lo evidencian y se reitera en *La guerra de los caracoles*. Como ya se señaló, particularmente al referirse al volumen *La muerte se mueve con la tierra encima*, en los cuentos de José Napoleón Oropeza abundan los personajes que en el contexto de la narración se encuentran en estados limítrofes entre la subsistencia y el momento del tránsito final. En última instancia puede afirmarse que su experiencia se ciñe a la vivencia de la nada y la concientización de la transitoriedad.

Pero al concientizarse como ser efímero, el hombre recurre a asideros múltiples: de alguna manera hay que mantenerse entre el ser y la posibilidad del no ser. Un punto de sustentación radica en pensar en la vuelta hacia lo primigenio, integrándose posiblemente hacia los elementos más primitivos: los que conforman la naturaleza. Si en Bachelard el agua es una metáfora primordial, en los cuentos de José Napoleón Oropeza la simbolización se explicita como una vuelta a la tierra como la presencia de la lluvia, del polvo o de hojas que caen, tal vez por esa causa los relatos se contextualizan en planos de ruralidad. Pero hay otra alternativa: el encuentro con Dios, posibilidad que redundaría en una búsqueda teológica permanente.

El tiempo. Ese monstruo implacable, fuente perpetua de angustia existencial. Oropeza mantiene sus personajes hostigados por la temporalidad, factor que correlaciona con la naturaleza transitoria deter-

minada por lo transitorio de la existencia. Sin embargo, captamos la acción del tiempo como una problemática que en la conciencia de los protagonistas se asume a nivel individual. Son frecuentes los personajes viejos quienes en intensos procesos de retrospectión reconstruyen las etapas previas de su decurso vital. El retroceso se manifiesta en distintas maneras, dependiendo del recurso utilizado por el escritor para crear la ficción. A veces es una fotografía, otras un sueño o un sencillo acto imaginario. El protagonista recuerda, es niño y adolescente y, a la vez anciano.

Es evidente que la incorporación del tiempo como parte de la historia conduce a la multiplicidad: en la medida en que se reconstruye se establece cierto contacto con el otro, con el que fue. Por otra parte, los movimientos temporales en el nivel de la historia evidencian otra constante: los cuentos transcurren básicamente en una dimensión introspectiva y retrospectiva, la memoria es eje básico en la estructuración de los sucesos. Mediante ese mecanismo de evocación mnémica, el lector descubre que lee una larga historia pero que, en el espacio textual, lo leído pertenece a un breve instante.

Antes indicamos la importancia de la palabra en la cuentística de José Napoleón Oropeza. Estableciendo distancia entre su primer y último libro de relatos se capta una evolución en el manejo del lenguaje, progreso que concuerda con el que sucede en la depuración de las historias narradas. En *La muerte se mueve con la tierra encima*, el lenguaje es una estructura que se desarrolla paralela a las anécdotas. Lo mismo sucede en algunas narraciones de *Ningún espacio para muerte próxima*. En cambio en *La guerra de los caracoles*, los juegos lingüísticos sirven de apoyatura a los hechos. Así mismo, en el primer libro, tal vez por cierta influencia trejiana, se rompe en forma definitiva la secuencia del discurso: las palabras se entrecruzan, se alteran, se rompe la puntuación, el lector decanta, separa y organiza. Claro el lenguaje responde a la vivencia de los personajes y, por ende, al flujo de la conciencia. En ocasiones afrontamos intensos monólogos, en otras el soliloquio.

Hay un aspecto que no se puede omitir en los cuentos de José Napoleón Oropeza: la técnica narrativa. En el nivel del discurso se aprehende un predominio del discurso del narrador. Pero esta relevancia es aparente: se trata de espacios textuales en los que mediante juegos sutiles donde la voz del narrador se sustituye por la del personaje, sin faltar la participación del lector.

En estas cuartillas sólo hemos presentado algunos indicios para acercarse a la cuentística de José Napoleón Oropeza. Los mismos pueden desarrollarse en un ensayo extenso y profundo. Pero en esta ocasión hay límites. Eso sí, se advierte a los críticos y estudiosos de la narrativa venezolana que este cuentista no puede ser omitido, y no vacilo en afirmar que en la actualidad constituye uno de los narradores más sólidos entre los que se iniciaron en la década de los setenta.